

FORMACIÓN PARA LOS AGENTES DE PASTORAL DE LOS CENTROS EDUCATIVOS:
INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO AGUSTINIANO

Me han pedido que les hable sobre todo del pensamiento de San Agustín, más que de su persona; sin embargo, hay algunos datos de su vida que no quisiera dejar de mencionar, pues pueden ser de interés para ustedes. Me refiero a lo que respecta a su educación y a su oficio de educador, pues Agustín fue un maestro.

En el Imperio Romano, en la época que le tocó vivir a San Agustín, había un sistema educativo bastante organizado, gracias a la paz que habían gozado durante siglos dentro de las fronteras imperiales, y que en vida de Agustín comenzaría a desmoronarse. No es que la educación llegara a las masas de la población, pero algunos ciudadanos podían tener acceso a la misma en diferentes niveles según sus posibilidades económicas.

El primer nivel consistía en enseñar a leer, escribir y calcular. Esto era todo lo que había en el pueblo donde nació Agustín, en Tagaste, y allí aprendió sus primeras letras. Para poder acceder al segundo nivel de educación, es decir, a la escuela de “Gramática” tuvo que trasladarse a un pueblo cercano: Madaura. Los estudios de Gramática, correspondientes a adolescentes entre los doce y dieciséis años, consistían en la explicación de los autores clásicos. Agustín mismo nos cuenta en “*las Confesiones*” que estudió entonces a Virgilio y Homero.¹ Era una lectura literal y gramatical de estos textos, subrayando los aspectos históricos, geográficos y astronómicos. Servía de introducción a las artes liberales.

¹ Cf. *Conf.* I,13,20-14,23.

Pueden asociar estos niveles educativos de la Antigüedad con los sistemas educativos actuales de sus respectivos países e identificar su equivalencia. El tercer nivel puede compararse, por ejemplo, con los estudios universitarios. En aquellos tiempos no existían las universidades, pero había escuelas especializadas. El estudio superior más generalizado era la Retórica: el arte del buen hablar, la ciencia de hacer buenos discursos y escribir de manera elegante. Recordemos que la cultura antigua era predominantemente literaria. El lenguaje era el campo del conocimiento humano que más se había desarrollado. No debe sorprendernos que los estudios especializados en Retórica fueran los más extendidos en el Imperio. Además, se podía hacer carrera como abogado con estos estudios. Por otro lado, especializada en Filosofía, aún sobrevivía la Academia fundada en Atenas por Platón; y, en Roma y Beirut, hubo asimismo famosas escuelas especializadas en Derecho.

Agustín estudió Retórica en Cartago, la ciudad más importante del Norte de África, gracias al patrocinio de un amigo, pues su familia no hubiese podido costear sus estudios. De más decir que fue un estudiante brillante y que sobresalía entre sus compañeros. Al terminar sus estudios regresa a Tagaste, donde abre una escuela de Gramática. Recordemos que él, de niño, tuvo que ir fuera para estudiar la Gramática porque no había quien la enseñara en Tagaste. Ahora hace más accesibles estos estudios a los tagastinos.

Sin embargo, no durará mucho en Tagaste, pues pronto se trasladará nuevamente a Cartago para enseñar Retórica. Como vemos, Agustín fue un maestro en su juventud, primero de un nivel intermedio, en Tagaste, y luego, a un nivel superior en la gran ciudad de Cartago. Con el tiempo tampoco Cartago llenará sus expectativas y, quejándose de los

estudiantes porque eran muy desordenados, se embarca hacia Roma buscando nuevos horizontes. Allí los estudiantes también lo decepcionarán, porque no le pagaban.

Hasta ahora hemos visto las dificultades de Agustín para establecerse como maestro independiente, que era lo habitual en la época. Sin embargo, en el 384 la suerte le sonríe, pues consigue la cátedra oficial de Retórica en Milán, donde residía el emperador. Era un puesto altísimo, pues le correspondía pronunciar discursos ante la corte imperial. Para este tiempo, con apenas treinta años, Agustín se ha establecido cómodamente en la cúspide de su carrera profesional y es reconocido en las más altas esferas por sus cualidades oratorias. Es entonces que se convierte, y todo eso, que hasta entonces había sido importante en su vida, queda relegado, porque ahora quiere servir a Cristo.

En un primer momento, lo que decide es abandonar su cátedra de retórica. Aprovecha las vacaciones de la vendimia del año 386 para retirarse con un grupo de familiares y amigos a Casiciaco: una propiedad rural prestada por un amigo llamado Verecundo. El pretexto para dejar las clases fue motivos de salud; sin embargo, en Casiciaco no deja de enseñar, pues allí se llevó dos discípulos con los que tenía conversaciones de tipo filosófico y leían juntos a Virgilio. Es en este retiro campestre cuando nacen sus primeras producciones literarias que se conservan.

Las primeras obras de San Agustín tienen un carácter filosófico, tratan problemáticas tradicionales de la filosofía: el modo de alcanzar el conocimiento, la felicidad, el alma, etc. Reflejan la cultura filosófica que había alcanzado y, a la vez, dejan ver sus nuevas inquietudes y convicciones como cristiano. Escribe para un público amplio, por lo que usa

un lenguaje que llamaríamos hoy “no confesional”, para poder llegar a sus lectores.

Además, hay que comprender que todavía su dominio de la Sagrada Escritura era limitado.

Poco a poco eso irá cambiando y sus escritos lo reflejan progresivamente.

Algo interesante, que no quiero dejar de mencionar, es que en este primer momento, maestro al fin, Agustín se propuso componer una especie de enciclopedia de las Artes Liberales desde una visión cristiana. Logró escribir el tratado correspondiente a la Gramática, pero años después ya lo había perdido. El único tratado que conservamos es el correspondiente a la Música. De las otras artes (dialéctica, retórica, aritmética, geometría, astronomía) sólo llegó a escribir ciertos apuntes que tampoco se han conservado.

Estamos hablando de un proyecto de elaborar una especie de biblioteca de libros de texto con el contenido de lo que se enseñaba en la época, pero desde su matiz particular: como escalones que llevan al hombre a Dios. Lógicamente, siendo un proyecto muy ambicioso, como fueron cambiando los intereses de Agustín al involucrarse más y más en la vida de la Iglesia con disputas teológicas y al dedicarse a la predicación, lo fue dejando a un lado y nunca lo concluyó. Por ese motivo, solamente llegó a escribir dos de siete tratados y uno de ellos incluso se le perdió en vida.

Para terminar esta aproximación a la vida de San Agustín desde su dimensión como educador, sólo nos resta decir que como monje y obispo no dejó nunca de ser un maestro. Primero con sus compañeros en el monasterio, como líder espiritual de la comunidad les enseñaba aquello que él mismo iba aprendiendo de la Palabra de Dios, y luego, a sus fieles por medio de la predicación. Sus habilidades retóricas y su vasta cultura se pusieron, de

esta manera, al servicio de la Iglesia, llegando así a ser el gran pastor, predicador, teólogo y polemista que veneramos como Padre espiritual.

Quisiera ahora detenerme en cuatro obras de San Agustín que pueden interesarnos:

1) De Ordine:

En este diálogo, escrito durante su estancia en Casiciaco, Agustín ya presenta las ideas que están a la base del proyecto de realizar esa enciclopedia de las artes liberales que hemos mencionado. En la segunda parte de esta obra, (*De ord.* II,7,24 a II,19,51), se dedica a establecer el método que el estudioso debe seguir para alcanzar el conocimiento del orden del universo, según él mismo nos dice en las *Retractaciones*:

«Por el mismo tiempo en que escribí los libros de Los Académicos, escribí también los libros sobre El Orden, donde se trata una gran cuestión: si el orden de la divina Providencia abarca todos los bienes y los males. Pero como viese que esta cuestión era difícil de entender, y más penosamente aún conseguir que la comprendiesen, disputando, aquellos con quienes la trataba, preferí hablar del orden en el saber cómo se puede progresar desde las cosas corporales hacia las incorpórales»².

Como vemos, en su diálogo sobre “el orden”, después de hablar del orden cósmico, pasa a tratar el tema del orden de los estudios, necesario para ejercitar la razón humana hacia la comprensión de las verdades más altas. El método que propone Agustín, que presupone la fe en la autoridad de Cristo y de la Iglesia, es doble: por un lado, una disciplina de vida para purificar la mente de los vicios y, por otro lado, un orden de estudios caracterizado por las artes liberales. San Agustín valoraba demasiado las artes liberales en este momento

²*Retract.* I,3,1.

de su vida, considerándolas capaces de elevar el alma a Dios. Veamos, como ejemplo, dos citas de este mismo diálogo agustiniano:

“«... porque la erudición moderada y racional de las artes liberales nos hace más ágiles y constantes, más limpios y bellos para el abrazo de la verdad, para apetecerla más ardientemente, para conseguirla con más ahínco y unirse más dulcemente a la que se llama vida bienaventurada»³.

«Todas estas cuestiones y otras semejantes, o hay que estudiarlas con aquel orden de erudición que hemos expuesto o dejarlas enteramente.»⁴(ib. II,17,46).

La utilidad de estos estudios para conocer a Dios, está en el hecho de que, mientras otras artes o ciencias son creadas por el hombre con la ayuda de los sentidos (la historia, la descripción de lugares, animales, plantas) o son fruto de la experiencia (medicina, agricultura, danza), las artes liberales son creaciones de la razón. Sus principios generales no son inventados por el hombre, sino descubiertos por la razón: son las razones eternas, inmutables e incorpóreas, que se pueden conocer sólo con el intelecto. Por eso, su estudio es indispensable para conocer el mundo inteligible (Dios y el alma humana), pues son los escalones para subir de las cosas corpóreas y visibles, a las incorpóreas e invisibles.⁵

De ahí nace su proyecto juvenil de elaborar una enciclopedia de las artes liberales. Como hemos dicho, Agustín nunca llegará a concluir ese proyecto, probablemente porque con el tiempo se dio cuenta de haberles dado demasiada importancia a estas disciplinas. De hecho, en las Retractaciones, al final de sus días, dirá que muchos santos ignoran las artes

³De *Ordine* I,8,24.

⁴Ibid. II,17,46.

⁵Cf. Ibid. II,16,44.

liberales y muchos expertos en ellas no son santos.⁶ Sin embargo, recién convertido, las consideraba un escalón necesario para llegar al conocimiento más alto y, lógicamente, las propone como plan de estudios para su ideal de vida filosófico-cristiano. Este fue el primer “programa de estudios” confeccionado por Agustín.

2) De doctrina Christiana:

Años más tarde, hacia el 397, ya obispo, Agustín vuelve a proponer una especie de “programa de estudios”, pero desde otra perspectiva, en la obra titulada *De doctrina Christiana*. Después de su conversión, Agustín se había dedicado al estudio de las Sagradas Escrituras para contemplar la verdad donde Dios mismo se dio a conocer: en la Biblia, la Palabra de Dios. Si bien es cierto, que no descartaba que en las ciencias humanas hubiese verdad; sin embargo, la Verdad completa la encontró en los libros sagrados. De esta manera, paulatinamente la Sagrada Escritura desplazó las artes liberales como objeto de estudio. Esto se refleja en el *De doctrina Christiana*.

Como indica el título, esta obra trata de la enseñanza o aprendizaje de la doctrina cristiana contenida en la Biblia. Agustín quiere dar unas pautas para entender la Sagrada Escritura y un método de predicación de la misma. En este propósito de Agustín, podemos identificar una propuesta de carácter pedagógico para aquellos que desean dedicarse al estudio de las cosas divinas. La diferencia con el *De Ordine* es que ahora aparece más claro que se

⁶Cf. *Retract.* I,3,2.

llega al conocimiento de Dios a través de la Palabra de Dios y no de la filosofía.

Escuchemos la opinión de Agustín sobre los filósofos en el *De Doctrina Christiana*:

“Si tal vez los que se llaman filósofos dijeron alguna verdad conformes a nuestra fe, y en especial los platónicos, no sólo hemos de temerlas sino reclamarlas de ellos como injustos poseedores y aplicarlas a nuestro uso.”⁷

Agustín no descarta que haya verdad en la filosofía pagana, pero la sabiduría de los filósofos está subordinada a la Sabiduría cristiana que nos ofrece la Sagrada Escritura.

Agustín no tiene reparos en especificar que el Dios que busca conocer es el Dios cristiano y que el signo que nos lo manifiesta es su Palabra contenida en los libros sagrados. Por lo tanto, resulta evidente que para conocerlo es necesario estudiar la Biblia. Agustín escribe para aquellos interesados en profundizar en el mensaje del Evangelio; se dirige a un público cristiano, a diferencia de los diálogos de Casiciaco, y por eso habla libremente.

El carácter pedagógico del *De doctrina Christiana* aparece más claramente en su Prólogo, donde Agustín defiende la utilidad de su propuesta metodológica para el estudio de las Sagradas Escrituras contra los que pueden objetar que a Dios se le conoce sin intermedio de maestros humanos. Agustín reconoce que de manera sobrenatural alguien puede llegar al conocimiento de Dios, pero entiende que eso no es lo normal y por eso propone un método de estudio. Agustín compara su propósito en este tratado con la función del maestro que enseña a leer, posibilitando que por sí mismo el alumno tenga acceso al contenido de un libro, pues su pretensión en el *De Doctrina Christiana* es dar las pautas para que uno mismo se introduzca en las páginas del libro sagrado y las pueda entender.

⁷*De Doct. Christ.* II,40,60.

Esta obra tiene cuatro libros. Agustín dejó la obra inconclusa a mitad del libro tercero y fue al final de su vida, en el año 426 o 427, que terminó el tercer libro y añadió el cuarto. En el primer libro establece el objeto de estudio: Dios. Es una especie de fundamentación teológica de su método: la encarnación posibilita el conocimiento de Dios y, por lo tanto, Cristo, mediador entre Dios y el hombre, es el camino para ir a Dios.

En el segundo y tercer libro habla del estudio de las Sagradas Escrituras. La Biblia tiene partes fáciles y partes difíciles de entender. Lógicamente, las instrucciones de Agustín son para entender las partes difíciles. Él propone inicialmente tres pasos:

- Leer la Biblia completa y, si es posible, aprenderla de memoria.
- Identificar los preceptos que aparecen con claridad.
- A la luz de los preceptos claros, explicar los oscuros.

Luego identifica que los pasajes bíblicos pueden ser oscuros porque son ambiguos o por desconocimiento de las palabras. Los pasajes ambiguos serán tratados en el tercer libro donde da reglas de exégesis bíblica. En el segundo libro propone los medios para evitar el desconocimiento de las palabras, es decir, recomienda el estudio de diversas disciplinas que ayudan a entender mejor la Sagrada Escritura. Esto es lo que principalmente nos interesa desde un punto de vista pedagógico.

Lo primero que recomienda es el estudio de las lenguas en las que fue escrita la Biblia: el hebreo y el griego. Luego hace un análisis de las ciencias humanas de la época, presentando una clasificación de las mismas semejante a la realizada en el *De Ordine*, descartando aquellas que están muy vinculadas a la religión pagana, para proponer una

serie de disciplinas como *iter* propedéutico para el estudio bíblico. Vale la pena destacar que las artes liberales serán recomendadas aquí para la comprensión de la Escritura; en manera particular, la dialéctica y la aritmética, que ya en el *De Ordine* eran sus preferidas.

“El hombre que teme a Dios indaga con diligencia su voluntad en las Sagradas Escrituras. Pero antes hágase por la piedad manso en el trato para no amar las contiendas; fortifíquese de antemano con el conocimiento de las lenguas a fin de no vacilar en las palabras y expresiones desconocidas; prevéngase por la instrucción de ciertas cosas necesarias para no ignorar la virtud y naturaleza de aquellas cosas que se aducen por vía de semejanza; y finalmente, ayudándose de la veracidad de los códices, a los que procurará depurar con una cuidadosa diligencia, acérquese ya perpetrado de este modo a discutir y solucionar los pasajes ambiguos de las Santas Escrituras.”⁸

Finalmente, unas palabras sobre el libro IV, que fue escrito tiempo después, cuando Agustín ya era anciano. Es en este libro que se trata el tema de la predicación, dónde se presenta el método para exponer lo aprendido de la Sagrada Escritura. Lo primero que Agustín advierte es que no va a dar los preceptos retóricos que enseñaba en la escuela,⁹ aunque reconoce su utilidad y en cierta manera los aplica en las normas que ofrece para el orador cristiano. Como vemos, Agustín maestro, se dedica a lo largo del *De Doctrina Christiana*, a dar consejos a los jóvenes que se preparan en el conocimiento de la Sagrada Escritura con la probable finalidad de dedicarse a la predicación.

⁸ *De Doct. Christ.* III,1,1.

⁹ Cf. *Ibid.* IV,1,2.

3) De Catechizandis Rudibus:

En sus primeros años de episcopado, hacia el año 400, Agustín escribió otra obra muy interesante. Se trata del librito titulado en latín *De Catechizandis Rudibus*, que en español se podría traducir “*Sobre la catequesis de los principiantes*”, pues en definitiva es un Manual de Catequesis. Hoy en día usamos la palabra “Catequesis” o “Catecismo” para referirnos a la instrucción religiosa que reciben normalmente niños ya bautizados para recibir los sacramentos de la Eucaristía (primera comunión) o la Confirmación. Aunque también se habla de Catecismo de adultos, para aquellos que no se bautizaron o no recibieron la primera comunión en su niñez.

En la Antigüedad se usaba la palabra “catequesis” en su sentido básico cristiano de preparación para el bautismo. En la época de San Agustín la costumbre de bautizar a los niños recién nacidos aún no se había generalizado y todavía era común bautizar adultos que se convertían del paganismo. En el *De Catechizandis Rudibus* Agustín va a dar indicaciones de cómo enseñar el contenido de la fe cristiana a aquellos adultos que se acercaban a pedir el bautismo. Es, por lo tanto, una obra de carácter didáctico, delimitada al campo específico de la praxis catequética. Sin embargo, podemos trasladar fácilmente las enseñanzas de San Agustín al salón de clases o dondequiera nos toque ejercer el arte de instruir, haciendo las debidas adaptaciones.

Vamos a extraer de esta obra el espíritu del maestro agustiniano a través de los diversos consejos que San Agustín ofrece para la instrucción religiosa:

- El primer consejo que le da al catequista Deogracias, a quien dirige el libro, es no ser muy duro consigo mismo al evaluar sus discursos; que probablemente los que le escuchan estén satisfechos.¹⁰
- Sobre la exposición de la historia de la salvación, advierte que al no poder contar todo, hay que hacer una ejercicio de selección de los acontecimientos más importantes y atractivos, procurando no perder la atención de los que escuchan.¹¹
- Hay que indagar las motivaciones del candidato al bautismo, para poder elegir la estrategia de catequesis adecuada; pues si sus motivaciones son imperfectas, hay que buscar purificarlas.¹² La estrategia de catequesis dependerá también de la preparación académica del catecúmeno.¹³
- Agustín trata detenidamente el problema del catequista que se siente insatisfecho al desempeñar su tarea. Explora las posibles causas: es pesado tener que acomodarse continuamente al que escucha; cuesta improvisar; la rutina de repetir lo mismo una y otra vez; no ver resultados satisfactorios; tener la mente en otras preocupaciones, etc. Agustín da una serie de indicaciones prácticas para enfrentar estas dificultades, recordando sobretodo la belleza de la misión del catequista, que es un acto de caridad capaz por sí mismo de llenar de gozo a quien lo lleva a cabo.
- Un motivo recurrente en toda la obra es el tema de la caridad: El contenido del mensaje evangélico es el amor, debemos inculcar el amor al prójimo, debemos enseñar con amor y debemos despertar el amor a Dios en los que escuchan.

¹⁰Cf. *De Cat. Rud.* 2,4.

¹¹Cf. *Ibid.* 3,5.

¹²Cf. *Ibid.* 5,9-6,10.

¹³Cf. *Ibid.* 8,12-9,13.

En resumen, Agustín muestra en el *De catechizandis rudibus* una gran preocupación por hacer las enseñanzas de la Iglesia accesibles al oyente, manifestando a su vez comprensión por las necesidades del catequista. Sin embargo, por encima de todo, impregna toda la obra de la categoría de la caridad. Si somos capaces de lograr esta centralidad del amor en nuestra escuela, seremos auténticos maestros agustinianos.

4) De Magistro:

Nos queda por mencionar la obra que Agustín quiso titular “Sobre el Maestro”, que como su nombre lo sugiere, es el escrito suyo que más directamente trata la cuestión pedagógica. Por este motivo, lo hemos dejado para el final, aunque haya sido escrito antes del *De Doctrina Christiana* y el *De Catechizandis Rudibus*. Este diálogo, que propone las conversaciones entre San Agustín y su hijo Adeodato, poco antes de la muerte de este último, a quien Agustín consideraba un adolescente de gran inteligencia, fue escrito en el año 389, cuando regresaron desde Italia a su tierra natal en África.

Esta obra respira todavía el interés filosófico de los primeros tratados agustinianos, pero su carácter cristiano es evidente por las alusiones bíblicas que contiene. En ella Agustín se plantea la cuestión filosófica del Lenguaje, más concretamente, del Lenguaje como medio para enseñar, siguiendo la tradición filosófica antigua que había tratado abundantemente este problema. Agustín, desde un punto de vista cristiano, contribuye de manera particular al desarrollo de este debate con su doctrina del “maestro interior”.

La obra puede dividirse en tres partes. En las dos primeras, en diálogo con Adeodato, Agustín va explorando las nociones de signo y palabra, su función de comunicar un significado y su relación con el mismo. En la tercera parte, en un largo discurso, Agustín explica su propia teoría del proceso de la enseñanza. Aún reconociendo la importancia del lenguaje para transmitir la cultura de un pueblo a las nuevas generaciones, Agustín evidencia las limitaciones del lenguaje para comunicar conocimientos.

En primer lugar, las cosas sensibles se conocen a través de los sentidos. Cuando tratamos de comunicar con palabras dicho conocimiento, los signos que usamos hacen referencia a la imagen que tenemos del objeto conocido y no al objeto como tal. El oyente no recibe dicho conocimiento realmente, sino que las palabras evocan la imagen que él a su vez tiene del objeto que ha conocido anteriormente.

Para las cosas inteligibles sucede algo similar. Las verdades inteligibles deben ser conocidas en la mente humana gracias a una luz interior, así como los ojos perciben los objetos gracias a la luz material. Por lo tanto, cuando trato de enseñar con palabras estas verdades en realidad no estoy transmitiendo el conocimiento que tengo, sino que las palabras evocan en el oyente un conocimiento previamente adquirido, cuando reconoce que es verdad lo que se le dice. Si el oyente aún no es capaz de contemplar esa verdad en su mente, puede aceptar por fe lo que se le está tratando de enseñar confiando en la autoridad del maestro hasta que pueda entenderlo. He aquí la importancia de la fe en el proceso del aprendizaje. Dejemos que Agustín mismo nos lo explique:

“Mas una vez que los maestros han explicado las disciplinas que profesan enseñar, las leyes de la virtud y de la sabiduría, entonces los discípulos consideran consigo mismos si han dicho cosas verdaderas, examinando según sus fuerzas aquella verdad interior Entonces es cuando aprenden; y cuando han reconocido interiormente la verdad de la lección, alaban a sus maestros, ignorando que elogian a hombres doctrinados más bien que a doctores, si, con todo, ellos mismos saben lo que dicen. Mas se engañan los hombres en llamar maestros a los que no lo son, porque la mayoría de las veces no media ningún intervalo entre el tiempo de la locución y el tiempo del conocimiento; y porque, advertidos por la palabra del profesor, aprenden pronto interiormente, piensan haber sido instruidos por la palabra exterior del que enseña.”¹⁴

Agustín saca la conclusión que los maestros no son en realidad maestros, pues no son capaces de enseñar sus propios conocimientos. Con una alusión al texto bíblico “*No os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro*”,¹⁵ Agustín defenderá que el verdadero Maestro habita en el interior del hombre y allí le enseña la verdad. Cristo es el maestro interior que ilumina la mente de los hombres y les muestra el camino a Dios. La función de los maestros humanos es evocar con palabras la verdad que está en el corazón de cada hombre para que éste la descubra por sí mismo, iluminado por la gracia divina.

Como vemos, Agustín otorga un protagonismo singular al alumno en el proceso de aprendizaje. No recibe pasivamente los conocimientos impartidos por el maestro; sino que, estimulado por sus indicaciones, adquiere en su interioridad el conocimiento. Es una visión que podríamos considerar moderna al confrontarla con modelos pedagógicos tradicionales; sin embargo, Agustín sigue una línea de pensamiento que se remonta a la

¹⁴ De magistro 14,45.

¹⁵ Mt 23, 8

mayéutica socrática, donde la verdad se extrae del alumno a través del diálogo, y a la doctrina platónica de las ideas eternas, donde el conocimiento se entiende como contemplación de las verdades del mundo intelígible. Agustín, al igual que éstos, entiende que las verdades universales existen y que el aprendizaje protagonizado por el alumno, le mostrará al mismo esa verdad que los maestros, por más que nos esforcemos, no podemos transmitir. Pero podemos ayudarles en esa tarea.

Una última observación. Esto no significa que la función del maestro es estimular al alumno a crear sus propias opiniones de las cosas desde una visión relativista del mundo y de la vida, donde lo que cuenta es que las convicciones sean propias del sujeto y no impuestas. Desde una visión agustiniana, más bien, se estimula al alumno a encontrar dentro de sí la verdad que habita en todo ser humano, es decir, a Dios mismo.

P. Oscar Jiménez, OSA